

LA RAZÓN FANTÁSTICA Ensayo poético de una teología natural

La razón es un modo más, entre muchos, de funcionar la fantasía.
Ortega y Gasset

Éste que aquí comienzo es, como el subtítulo indica, un breve tratado o ensayo poético. Tiene de ensayo lo propio del género: se trata de tratar el (a veces intratable) referente real de que se trate, tratando de iluminar, mediante la manipulación racional de ciertas (o inciertas) ideas, lo oscuro del asunto que, por cierto, con cierta frecuencia no responde a lo acertado de nuestro tratamiento. Por contra, la poesía, es juego *sistémico* de signos con el que el poeta crea, si acierta, una verdad *emergente* (que no está en los elementos del sistema ni tiene por qué mantener ningún trato con la realidad de referencia: es pura creatividad. Y, por lo tanto, imaginación, pues incluso la lírica, que suele decirse ser a veces confidencial o autobiográfica, es (y así desde Platón y Aristóteles) ficción - mito, dirían los maestros griegos, *fabula*, traducirían los latinos. Id est: *fabulación. Fantasía.*

Pero no sólo por racional y fantástico cualificamos este texto como producto de un solapamiento entre lo ensayístico y lo poético, sino porque, al menos desde Ortega, podemos saber, además de lo que reza la cita de nuestro encabezamiento, que "una forma de lo real es lo imaginario", porque "a través de la ficción avanza la realidad". Y porque Zubiri defendería, abundando en estas reflexiones, que la experiencia, nuestro único modo, que sepamos, de acceder a la realidad, se compone en gran medida de ese tipo de irrealidad que el filósofo vasco llamó *figuraciones*. Sabemos además que la experiencia, así como la razón, son dos de los integrantes del Método Científico, por lo cual deberíamos pensar que nuestro conocimiento de la reali-

dad, incluido el científico, se basa en productos de nuestra imaginación, de nuestra capacidad de *figurarnos* cómo son las cosas; y recuérdese que las *figuras* estilísticas son ingrediente esencial de la creatividad poética.

Todo esto empezó a ser reconocido en el Occidente moderno a partir de las reflexiones de los empiristas ingleses y de Kant: todo lo que sabemos sobre la realidad está en la mente, o es todo ello un proceso del cerebro, diríamos hoy; de modo que todos los objetos de nuestra experiencia son construcciones de nuestro sistema cognitivo, que valga la paradoja, no puede ni podrá jamás conocer de manera absoluta cómo son las cosas-en-sí: en todo caso podremos conocer sólo cómo son en nosotros, pues ninguna ley existe que obligue a la cosa a ser como nosotros la percibimos. Pero a nosotros tal vacío legal sí que nos obliga desde entonces a cuestionarnos si son verdaderas las cogniciones que tenemos de las cosas reales. Y por si fuera esto poco, fue el mismo Kant quien propuso algo así como que las impresiones de los diversos sentidos son configuradas en imágenes de los objetos de nuestra percepción por una suerte de *sentido común* o *koiné aisthesis* que no es otra cosa que nuestra imaginación.

Desde que Locke distinguió entre cualidades primarias y secundarias nos hemos venido preguntando cuánto debe de haber de verdad en las segundas como por ejemplo el color (o el sabor o el sonido): sin vista, no podemos decir que el color exista, porque esa cualidad secundaria no está en las cosas: está en nosotros, en nuestra sensibilidad, y no estaría en el aparato perceptivo de un ciego (o un

murciélago); pero es que incluso si vemos (o percibimos sólo mediante *ecolocación*) tampoco podemos decir que el color en sí (o la cualidad, sea la que sea, que con su rádar un murciélago perciba) sea verdadero, al menos si definimos verdad al modo aristotélico: como adecuación o correspondencia entre una cosa y su imagen mental. Cuando vemos algún color, nuestra experiencia nos dice que, en efecto, ese tal objeto x es por ejemplo rojo. Pero sabemos gracias a la ciencia que el color del tal objeto no es *en sí mismo* color rojo, sino que es un com-

plejo de ondas electromagnéticas de cierta frecuencia y tal longitud de onda propias de la

luz por x emitida. Por otra parte, podría pensarse con el empirista inglés que las otras cualidades, las primarias, v. gr. la resistencia o impenetrabilidad de su solidez sí serían cualidades que están en el objeto. Pero no: negado esto ya antes por algún Schopenhauer, que afirmó ser todo representación, la física subatómica o la mecánica cuántica nos confirma que todo objeto, hasta el más sólido, macizo e impenetrable está compuesto por átomos que son en su inmensa mayoría espacio vacío.

En consecuencia: todo lo que percibimos es ilusión: ficciones que construimos a partir de recepciones de diversos tipos de señales (o bits) energéticos que suponemos deben emitir los objetos de nuestra experiencia.

Los científicos lo saben desde hace mucho. Y es por eso por lo que cabe preguntarse qué es saber, qué es conocer científicamente las cosas. Desconfiando de la versión imaginativa de nuestros sentidos hacemos preguntas a las cosas mediante el método científico y las cosas parecen contestarnos: esto no quiere decir sino que sabemos explicitar cierta información objetiva que existe implícita en las cosas, que luego interpretamos convirtiéndolas en significado o sistemas de significados con sentido coherente que llamamos teorías científicas. Pero: ¿son verdaderas las teorías científicas? Después de todo son también producto de nuestra imaginación racional.

Lo único que podemos afirmar es que las teorías científicas *funcionan*: se dice que

Newton fue invalidado por Einstein y a veces se entiende que la teoría del primero ya no sirve, aunque la sigan utilizando arquitectos e ingenieros para sus edificios y construcciones. Y es que el aserto es falso: Newton aún funciona y se usa su teoría porque es una excelente aproximación a una hipotética teoría absolutamente verdadera: funciona muy bien con velocidades lentas y poca gravedad. Mientras que, la Relatividad de Einstein funciona también en ese contexto referencial, pero además

es capaz de hacerlo con velocidades próximas a las de la luz y en proximidad de objetos siderales supermasivos, y

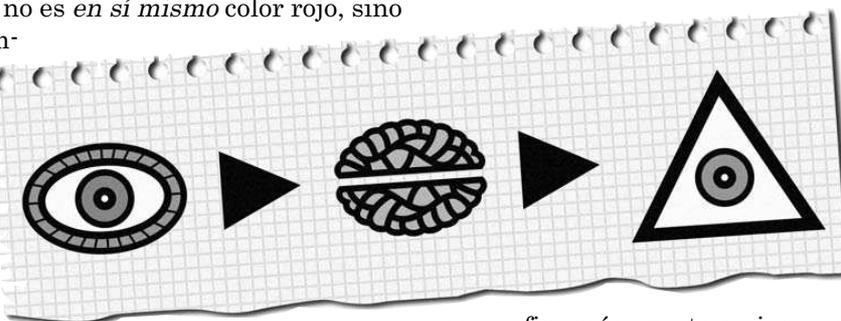
es, en fin, más exacta y rica que aquella, porque explica más cosas. No obstante, tampoco es la verdad absoluta. Cualquiera día una Teoría de la Gravedad Cuántica (tal vez una nueva versión perfeccionada de la Teoría de Cuerdas) la supere en grado de riqueza informativa y exactitud. Mientras tanto, *funcionan*.

Todo esto nos obliga a definir este concepto de *verdad funcional*: nuestras verdades no pueden ser absolutas, sino sólo aproximadas: verdad aproximada es aquella que *funciona* a su nivel: en niveles de mayor exigencia cognitiva necesitaremos otra verdad, también aproximada, que funcione mejor: que se aproxime más a la realidad-en-sí.

Y es ahora cuando aparece el gran problema: si nunca la hemos visto, cómo sabemos que esa realidad-en-sí, absolutamente verdadera, existe.

Oscar Villaroya ha propuesto (*La disolución de la mente*, 2003) una buena solución: puesto que las verdades científicas *funcionan* debe ser postulada una realidad absoluta e independiente de nuestro conocimiento, con la cual nuestras teorías y visiones del mundo verdaderas coincidirían aproximadamente o se solaparían parcialmente, con relativa exactitud.

Parece verosímil: las teorías se autocorrigen evolutiva, progresivamente de manera asintótica, aproximándonos así cada vez más a una realidad absoluta que nunca conoceremos del todo, cierto (porque nos lo impedirán nuestras visiones y teorías siempre humanamente parciales y aproximadas), pero que



cada vez conoceremos más y mejor, según nuestras visiones y teorías, al ser mejoradas, se solapan con esa fugitiva realidad absoluta de forma más exacta.

Sin embargo, esto mismo vale para la verdad de las cualidades secundarias de Locke: el color *funciona*: si alguien junto al Nilo ve el color verde de un cocodrilo y echa a correr y se refugia a tiempo del peligro inminente, sobrevivirá con más probabilidad que aquel que no lo distinga, y el que distinga el rojo de un semáforo tendrá más probabilidades de sobrevivir a un posible accidente que aquel que lo confunda con el verde. Luego las sensaciones, creaciones de nuestra imaginación que no están realmente en los objetos, *funcionan*: nos transmiten alguna información que hay en las cosas y que, una vez hecha significativo para nosotros, nos concede más probabilidades de sobrevivir.

Si la verdad no está en el cocodrilo o el semáforo, sino que se produce en nuestro sistema cognitivo en interacción con ellos, podemos decir que la verdad es un propiedad secundaria (Locke) que *emerge* (igual que el color) creativamente cuando un sistema cognitivo interacciona con un objeto: otro sistema que, en tanto que 'más o menos' organizado, posee información objetiva, susceptible de producir significación en el sujeto que percibe.

Por otra parte esa realidad absoluta, independiente de nuestras imaginarias percepciones, tendría que ser también absolutamente verdadera, porque de no serlo no se explicaría cómo una realidad no verdadera puede servir para justificar el grado de verdad de nuestras imaginaciones cognitivas, científicas o no.

Teniendo en cuenta que *verdad* es concepto psíquico y realidad, físico, para que esa *realidad* sea verdadera se necesita de un Supersistema Cognitivo tan potente que su percepción y conocimiento de la realidad sea tan infinitamente pormenorizada y exacta que la diferencia entre su conocimiento de la realidad y la misma realidad-en-sí sea, no ya matemáticamente despreciable, sino, en puridad, inexistente: uno y otra deberían ser lo mismo: sistema cognitivo de un ser omnisciente que al conocer de forma infinitamente exacta su verdad se la autoconcibe como realidad absoluta.

Tradicionalmente a ese tipo de entidad la hemos llamado Dios, claro que este Dios no se parecería al de las religiones sino más bien al de algunos filósofos.

Podría objetarse, empero, que a esa realidad no le hace falta ser percibida para

ser como es. Pero entonces no podríamos considerarla verdadera y, en tal caso, no nos serviría: porque aunque es cierto que tradicionalmente se ha defendido que la verdad sólo puede afirmarse de las proposiciones y conceptos (o sistemas de ambos: teorías) que concebimos y decimos respecto de las cosas reales, y nunca respecto de las cosas reales en sí mismas, recuérdese que esa realidad-en-sí absolutamente verdadera de que hablamos no es sino un *postulado hipotético* de nuestra razón fantástica, necesario para explicarnos cómo puede ser (aproximadamente) verdadero nuestro conocimiento científico. Y, hasta donde sabemos, sólo la experiencia nos permite saber de la verdad de las cosas reales, que sólo podemos considerar reales en tanto sabemos que son verdaderas. Y como nosotros, dado lo corto de nuestra experiencia, no podemos conocer la absoluta realidad, dada nuestra incapacidad para percibir verdades absolutas, debemos postular la existencia de un ser cuya experiencia (*creativa, fabulosa, fantástica...*) sea capaz de conocerlas absolutamente.

Si consideramos verdades todas las percepciones que nos han ayudado a sobrevivir, debemos concluir que las ciencias son verdaderas: muchos sobrevivimos gracias a la ciencia médica. Por consiguiente, la realidad absolutamente verdadera existe. Y para ser absolutamente verdadera necesita de un conecedor absoluto de la misma.

Ergo Dios existe.

Es palabra poética de la razón fantástica.